CALUMNIA

No hay gobernante que no haya sido blanco de calumnias. Lo fue el mismo Wáshington, el mandatario ejemplar.

Recordamos haber visto, en 1850, periódicos en que era llamado *impúdico ladrón* el doctor Murillo, quien apenas dejó a su viuda una ración de hambre.

El doctor Camacho Roldán, que es generalmente considerado tipo de desinterés, no estuvo libre, cuando fue ministro de hacienda, del áspid envenenado.

Es increíble lo que se dice en las bajas esferas sobre los manejos de los altos funcionarios y que el tiempo se encarga de rectificar. No hay absurdo que no se propale. Y es la verdad que si se aplica el análisis a la mayor parte de los que gritan, se encuentra que son pretendientes chasqueados, empleados removidos por mala conducta, o sujetos a quienes no se puede emplear por su incompetencia intelectual o moral.

(*El Porvenir*.—Cartagena, 27 de septiembre de 1891.)

CAMARA DE LOS COMUNES

"Esto es lo más grande que usted ha visto en el mundo", dijo un inglés amigo a un colombiano al introducirlo en Westminster en la sala, en aquel momento vacía, del parlamento, esto es de la Cámara de los Comunes. Aquel inglés no era político, sino negociante de una de las principales ciudades de Colombia. Si hubiera sido político no habría

gastado probablemente aquella hipérbole. (No hay hombre grande para el ayuda de cámara.)

La Bruyère escribía, hace dos siglos: "La provincia es el punto desde donde la corte parece admirable; si uno se aproxima, sus encantos disminuyen como los de una perspectiva que se ve demasiado cerca."

Lord Beaconsfield —cuando no era más que M. Disraeli— hace medio siglo, publicó la opinión de que en Inglaterra el depositario del poder era siempre impopular; y tenía razón, porque la historia así lo comprueba. Barones, monarquía Tudor, monarquía Stuart, oligarquía de los whigs, burgueses llamados *tenpounders*, todos se desacreditaron y fueron sucesivamente suprimidos, aunque sin revolución violenta, las más de las veces.

A la Cámara de los Comunes, no obstante el optimismo de nuestro inglés, ¿le habrá llegado su turno? Para la masa de hombres candorosos ella es siempre un sagrario; pero en otras esferas su desprestigio es visible.

Tal es el concepto de una de las más ilustradas y populares revistas hebdomadarias de Londres, bastante moderada de ordinario en su manera de apreciar los sucesos políticos.

Los grupos o círculos aumentan, los frívolos adquieren mayor autoridad y los debates pierden brillo por la intervención de diputados cada día más inferiores.

Y esto coincide con la omnipotencia de poder constitucional que de hecho ha concentrado en sus manos la Cámara, pues legisla, ejecuta, juzga y aun censura. Ultimamente ha venido a ser invadida por la democracia; pero al mismo tiempo se nota la tendencia a que sea convertida en instrumento casi pasivo del gabinete.

(Tomado de *La Reforma Política en Colombia.* Tomo VII. *La Concentración Política.*)

CAMBIO DE OPINION

Difícilmente podrá citarse el caso de un hombre público que en cuarenta años de labor política no haya variado alguna vez de opinión. A menos que no se trate de aquellos que nunca olvidan ni aprenden, y que no creen por lo mismo ni en el vapor, ni en el telégrafo, ni en el fonógrafo, ni en nada de lo que no existía cuando recibieron sus primeras lecciones.

En el vasto dominio de las ideas también hay descubrimientos e inventos en el curso del tiempo, a la manera que cuando ascendemos a enhiesto monte, el panorama que se nos ofrece más y más se ensancha y modifica, a medida que nos apresuramos a coronar la altura.

(*El Porvenir.*—Cartagena, domingo 17 de noviembre de 1889.)

CANDIDATOS

Nuestro programa es hoy muy sencillo. Del programa de que hablamos es del que corresponde formular a un partido, porque no habiendo ya caudillos, son las agrupaciones las que deben señalar el camino. Los candidatos no son causa, sino efecto. Ellos no pueden ni deben hacer sino seguir lealmente la impulsión que el sentido del sufragio les comunica.

(*El Porvenir.*—Cartagena, 6 de julio de 1879.)

CARACTER DE LOS GOBERNANTES

Nuestra vida política ha sido de constante lucha y de frecuentes guerras, y nuestro criterio se resiente aún, de esa circunstancia, en que ayer no más nos encontrábamos. Juicios desapasionados no pueden hoy obtenerse sino de muy privilegiados espíritus. Sucede, además, que al proscenio han

venido, empujados por la tormenta, muchos elementos de mala ley, y la inversión de la pirámide política ha producido trastornos en el raciocinio, provenientes de la misma extravagancia del espectáculo. En uno de sus célebres sermones, el doctor Newman hacía notar la poderosa influencia social del carácter de los gobernantes, que, a su modo de ver, decide, mucho más de lo que se presume, del fondo de las cosas. Hoy por hoy, nos conformamos, pues, con que haya tranquilidad en el país y muchas esperanzas de que esa tranquilidad se vuelva permanente, porque los perturbadores de profesión se hallan, por fortuna, en impotencia.

(*La Luz*.—Bogotá, 9 de diciembre de 1881.)

CARDENAL NEWMAN

En el cardenal Newman el sentimiento religioso era más espontáneo que en Pascal, a pesar de todo, y lo hacía girar en órbita independiente; no habiendo nada para él tan antipático como la idea de que la certidumbre fuera proporcional a la prueba. Así en su polémica con los agnósticos rechazaba las argumentaciones comunes respecto de las verdades bíblicas, los milagros, por ejemplo. No podría llevarse la fe a más egregia altura. Pascal argumentaba en el mismo terreno de los racionalistas. En los *Provinciales* imita los diálogos de Platón y los de Sócrates con los sofistas; y si no los imita porque él, que leía poco, acaso no los estudió nunca; si no los imita, los inventa, agotando los recursos del silogismo. En el famoso capítulo de la apuesta, tratándose no ya de polémica transitoria, sino de cosas fundamentales, se hace también racionalista para persuadir de que hay ventaja en decidirse por la verdad cristiana. Newman no adopta ese método, una vez que parte en toda su

obra religiosa de la supremacía absoluta de la conciencia. Su temperamento no es de análisis, de escalpelo, sino de generalización, de síntesis. A pesar de Froude, que llama a los teólogos creaciones diabólicas, Newman fue un teólogo y teólogo sublime. Su doctrina de las probabilidades como guía de la vida, no abarca desde luego lo infinito, sino, por el contrario, lo limitado y pasajero. La doctrina de conciencia era la trascendental, y la de las probabilidades, empírica. En este último concepto era escéptico, puesto que entre las probabilidades y la certidumbre hay, o puede haber, un abismo.

La existencia del Dios personal era para él hecho tan claro como la suya propia.

Y "soy católico —decía— porque soy deísta, y a mi inteligencia no parece que haya término medio entre catolicismo y ateísmo".

Lo que se ha realizado en tantos otros espíritus ocurrió en Newman: por el camino del escepticismo filosófico llegó a la fe. No pudiendo aceptar el vacío, la negación, como sistema definitivo y completo; ni tampoco las contradicciones que fermentan en la vía de las probabilidades —que entrañan el equívoco, lo inseguro—, reconoció y adoró lo invisible, no como hipótesis, sino como evidencia.

El no analiza al hombre a la manera de La Rochefoucauld, porque su instrumento no es el microscopio sino el telescopio; ni nada le importa el protoplasma de Huxley como explicación de la vasta estructura que los sentidos perciben. A no haberse convertido al catolicismo, sus dudas filosóficas lo habrían llevado al ateísmo, como a otros ha sucedido, aunque no lo confiesen.

Lo que más admira y seduce en el gran cardenal es lo candoroso e inflexible de su fe, que brilla con él como segunda, por no decir primera, naturaleza. Entre las emanaciones vivificantes y serenas de

esa fe y las de un manantial que ningún artífice humano ha abierto, sólo encontramos diferencia de forma. La cosa íntima es la misma.

En la historia eclesiástica del siglo XIX, que va a terminar su fecunda carrera, queda la memoria sagrada de Newman como nueva columna de fuego alumbrando las inconmensurables jornadas del porvenir.

(*El Porvenir.*—Cartagena, 19 de abril de 1891.)

CATOLICISMO EN AMERICA

En los Estados Unidos tiende a preponderar el catolicismo, y preponderará al fin, porque el catolicismo es la unidad, la concentración moral, el prestigio siempre creciente debido a la fe inconmutable. La esencia de la política puede y debe ser el compromiso —como lo dijo Macaulay—, porque la política es campo de pasiones e intereses seglares; pero la esencia de la religión es y debe ser la persistencia, que al cabo avasalla y se impone. En política el *non possumus* es absurdo, mientras que en religión es indispensable.

(*El Porvenir.*—Cartagena, domingo 14 de julio de 1889.)

CAUDILLAJE

Hay hombres que no comprenden las condiciones de vida de los partidos políticos en Colombia, donde ha acabado para siempre el caudillaje. Diremos más: entre nosotros no ha podido fructificar esa planta. El gran Libertador mismo no alcanzó ese resultado.

La caída del general Obando fue principalmente obra de los celos que despertó en nuestro espíritu republicano su popularidad entre las masas democráticas. El general Mosquera tuvo la misma suerte

por haber querido personificar en él su partido. No existe en Hispanoamérica un país más iconoclasta, políticamente hablando, que éste. Aquí nadie sigue detrás de los penachos sino durante las batallas. La luz misma de la inteligencia no atrae sino mientras ella representa comunes y fecundas ideas. El poder moral de un hombre entre nosotros es, por tanto, un poder muy limitado, y sobre todo, un poder enteramente condicional, porque depende exclusivamente de su conformidad de mirar con la agrupación que le imparte su confianza. Si abusa de ésta, no sólo queda reducido a individualidad impotente, sino que recibe el calificativo de desertor. Las excusas anfibológicas de nada le sirven para librarse del estigma. Creemos que fue Talleyrand quien dijo que hay alguien que jamás se engaña, y que ese alguien es todo el mundo. En el seno de las comunidades reside un instinto de conservación que les hace siempre adivinar o presentir la deslealtad antes de que ella se muestre con entera evidencia. La fraternal sonrisa desaparece desde entonces de los labios. Se teme el abrazo del infiel como si se hubiera convertido en boa constrictor, y la expansión de otro tiempo se transfigura en glacial reserva. Llega aún un instante en que parecen oírse las palabras de reconvención que resonaron en el Paraíso: "¡Caín!, ¡Caín!, ¿qué has hecho de tu hermano?"

(*La Luz.*—Bogotá, 24 de febrero de 1882.)

CAUDILLISMO

Nuestra comunidad es grande y potente no sólo por el número sino por los principios. No está encarnada en personalidades, por importantes que sean. Tiene vida propia, y cuando el actual conductor se retire a su hogar, otro u otros, fuertes

con la inmensa base de opinión que nos favorece, aparecerán en su reemplazo. Precisamente lo que constituye la larga vitalidad que atribuímos a nuestro partido es su juventud. A la nueva política le sobrarán ilustraciones dentro de poco tiempo; y, además, el señor Núñez no dejará de ayudar desde lejos a sus amigos.

(*La Luz.*—Bogotá, 27 de enero de 1882.)

CEGUEDAD DE LOS GOBERNANTES

En las horas fatales de la historia, los hombres políticos activos cierran obstinadamente los ojos para no ver lo que los observadores más serenos casi tocan con la mano. Como en el juego de ajedrez, en el de la política son *los que miran* y no *los que mueven las piezas*, los que perciben más distintamente, a veces, la situación de la partida.

En 1870 todos previeron la caída del Imperio francés, menos Napoleón y su corte. Un espléndido plebiscito favorable había tenido lugar, y la carcoma que rápidamente devoraba aquella armazón política quedó peligrosamente cubierta bajo las apariencias de ese superficial triunfo. Todos tenían, sin embargo, el presentimiento de algún Sedán que haría irrisorio el plebiscito. ¡Ah! Ese presentimiento fue en la realidad mucho más terrible de lo que habían imaginado los más pesimistas.

"Ese es un tumulto de canallas, que haré desaparecer con algunos disparos", han dicho más de una vez los ilusos reyes, cuando el último minuto de su dinastía estaba ya marcado en el reloj de los acontecimientos.

(*El Porvenir.*—Cartagena, 6 de diciembre de 1878.)

CENTRALISMO POLITICO

El señor Núñez ha creído, como aún cree, en la necesidad de un vigoroso centralismo político, que no excluye, desde luego, la descentralización entera en asuntos administrativos de naturaleza seccional o municipal.

(*El Porvenir.*—Cartagena, 24 de noviembre de 1889.)

CIRCULO

Debajo del partido está aún en nuestras repúblicas algo más pequeño —el círculo—, el caucus de los norteamericanos, es decir, el conciliábulo, la encrucijada.

(*El Porvenir.*—Cartagena, 9 de agosto de 1891.)

CIVILIZACION AMERICANA

Siempre hemos creído que el Continente americano está predestinado a civilización distinta de la que se ha desarrollado en el Viejo Mundo. A la época de las guerras brutales ha seguido allí (sin que aquélla haya pasado enteramente) la de la lucha por la existencia en la deleznable órbita del comercio, de la industria y de la explotación agrícola. Pasaron los esclavos y los siervos de la gleba de los tiempos antiguos; pero el obrero fabril y el obrero rural se hallan en realidad en peor condición que los esclavos y los siervos; porque nadie tiene interés en su conservación. El esclavo era una cosa, un valor. El obrero es una entidad anónima, un número reemplazable por otro número, como se reemplaza en una fábrica un manubrio por otro manubrio, o una rueda dentada por otra rueda dentada, o como se reemplaza una hoz por otra hoz en un fundo agrícola.

(*El Porvenir.*—Cartagena, domingo 14 de julio de 1889.)

COALICIONES

Del mismo modo que en los partidos conservadores se perciben dos marcadas tendencias, a saber: una en el sentido de la conservación por el progreso moderado, y otra en el sentido de la inmovilidad absoluta, así también el liberalismo, en todas partes, se halla de ordinario dividido en dos agrupaciones, a saber: una que quiere hacer de la libertad una aliada inseparable de la justicia, y otra que la convierte en tiranía y licencia.

El partido conservador que aspira a la inmovilidad es intolerante y apasionado; y también lo es el partido liberal, que no respeta el derecho de sus adversarios y hace así odiosa la doctrina que en apariencia profesa.

Si no hubiera en nuestro país las dos agrupaciones extremas de que venimos hablando, no habría habido guerras civiles, porque las agrupaciones moderadas tienen más puntos de contacto que de antagonismo, y de ahí resulta su disposición natural a formar coaliciones ocasionales, aunque sin confundirse por entero.

En Colombia esas coaliciones o ligas no han sido raras. En 1854, por ejemplo, la agrupación moderada de nuestro liberalismo se unió a los conservadores para restablecer el imperio de la Constitución; y esto lo hizo aun con la evidencia de que aquéllos debían necesariamente, como sucedió, quedar enteramente dueños de la situación. En esa vez el liberalismo moderado no se alió solamente con los conservadores moderados, sino que llamó en su auxilio a toda la masa de sus tradicionales contendores.

Después de la guerra de 1860 a 1863 comenzó a diseñarse en el seno del partido liberal una nueva tendencia regeneradora, la cual tenía por objeto concreto el restablecimiento de la regularidad ad-

ministrativa, profundamente quebrantada en la vida de campamento, como debía ser. La expresada tendencia encontró eco, como también debía ser, en los elementos conservadores, a quienes se ofrecía justicia; y al cabo de algunos esfuerzos y merced principalmente a los graves errores cometidos por el liberalismo dominante en el gobierno, triunfó en 1867. Los conservadores fueron, en consecuencia, llamados a participar de la cosa pública; su dominación en Antioquia quedó consolidada; se les entregó el Estado del Tolima y se dio una ley que derogó por completo la de inspección civil en materia de cultos. Un ilustrado conservador, el señor Mallarino, fue encargado de la Dirección General de Instrucción Pública recientemente creada.

La fracción liberal que quedó en el gobierno continuó por algún tiempo en amistosa inteligencia con los conservadores; pero a pesar de esto tuvo con frecuencia que apelar a medidas irregulares para no perder su posición. En este camino fue gradualmente debilitándose; y en la misma proporción en que el sólido terreno se le escapaba, sus errores se volvían más numerosos y graves.

Poco a poco llegó, aún, a resultar que los papeles se cambiaron por entero; es decir, que el elemento liberal vencido y proscrito se volvió moderado por la influencia purificadora del sufrimiento, y el elemento liberal gobernante se tornó en perseguidor y exclusivista a cara descubierta.

La buena inteligencia entre liberales y conservadores comenzó a modificarse sustancialmente. En el fondo era la misma por su objeto, pero en cuanto al personal, hubo, como debía haber, notables alteraciones. Lazos de amistad, de interés, de temor o de costumbre mantenían empero unidos al liberalismo gobernante algunos conservadores.

En 1873 se presentaron en campaña electoral contra la fracción dominante los liberales vencidos en 1867 y los conservadores que en dicha época contribuyeron a la caída de aquéllos. Esta alianza se hizo, en virtud de pacto escrito, con el nombre del señor general Trujillo, que obtuvo, en consecuencia, el voto de los Estados conservadores del Tolima y Antioquia, además del Cauca liberal. El general Trujillo fue derrotado, pero el triunfo de los radicales fue pírrico, porque no lo obtuvieron sino cometiendo demasías que cercenaron, aún más de lo que estaba, su ya decadente prestigio.

(*La Luz.*—Bogotá, 31 de enero de 1882.)

COALICIONES POLITICAS

Las coaliciones políticas envuelven muchos peligros, ciertamente; pero a veces ellas son tan necesarias que se imponen sin premeditación de nadie, y sólo por la influencia natural del curso de los acontecimientos. Suprimid los abusos de la fuerza oficial en 1854 y 1867, y la liga de esos años no habría seguramente ocurrido. Suprimid la administración de 1875, y el proyecto de liga de que nos hemos ocupado tampoco habría tenido lugar.

En 1853 las cristianas Francia e Inglaterra se aliaron nada menos que con los mahometanos, para combatir a la cristiana Rusia en Crimea; y los radicales (legítimos) del Parlamento británico, que son, en lo general, deístas, marchan con frecuencia de acuerdo con los católicos de Irlanda.

Cuando una comunidad política está amenazada en su vida misma, el derecho natural, superior a todo, de conservación, justifica plenamente ante Dios y los hombres todo cuanto haga para defenderse de injustos agresores.

El hecho de las ligas ha ocurrido por eso, en la

sustancia, más de una vez entre nosotros, independientemente de las que han ocurrido de una manera expresa, en períodos revolucionarios o de elecciones.

(*El Porvenir.*—Cartagena, 26 de abril de 1879.)

COLONIAS HISPANOAMERICANAS

Las colonias hispanoamericanas, al emanciparse de la metrópoli, se encontraron en situación mucho más difícil que las angloamericanas, al emprender la obra de su reconstitución política, porque éstas, además de estar sometidas a un régimen menos antagonista del republicano, lograron pronto reanudar sus relaciones sociales con la Gran Bretaña; mientras que las colonias hispanoamericanas estuvieron por largo tiempo segregadas en absoluto de la antigua Madre Patria, y sustraídas, por tanto, a la corriente civilizadora en que se habían encontrado respirando durante más de trescientos años. Esa corriente no era del todo saludable, sin duda, pero tenía a lo menos en su impulso muchas condiciones que se conformaban con un encadenamiento de hechos que no podíamos romper enteramente sin exponernos a continuar la peregrinación social sin definida brújula y con muy oscilante itinerario. Ese entero rompimiento se efectuó desgraciadamente, y una especie de vacío realizóse en torno nuéstro.

(*El Porvenir.*—Cartagena, 28 de enero de 1883.)

COMPETENCIA DE LOS PARTIDOS

Nada contribuye con tanta eficacia a la purificación de una comunidad política como la presencia de otra comunidad organizada y dispuesta a privarla del poder.

Cuando eso sucede desaparecen las aspiraciones

personales y de círculo, que tanto debilitan la fuerza moral de los partidos, y se buscan grandes y seductores ideales que den vivificante alimento a las almas y estrechen las relaciones de los miembros de la comunidad, sirviéndoles como de lazo. Nuestra guerra de Independencia estuvo en grave peligro de fracasar durante la ausencia de las temidas legiones de la Península, porque entonces aparecieron las rivalidades de los caudillos del movimiento, y la noble y gloriosa lucha de principios degeneró rápidamente en conflictos casi personales. La salvación de la causa estuvo en la aparición de los pacificadores (a que tanto se asemejan nuestros unionistas), trayendo a su cabeza aquellos implacables jefes que practicaron una política de exterminio desde que pusieron su planta en nuestro territorio. El miopismo del espíritu de bandería no percibe este fenómeno del vigor varonil que cobra un partido por el simple hecho de dar prendas tangibles de tolerancia y justicia, y de comunicar vida a su indefenso adversario; y los esfuerzos que tienden, por ese camino, a agrandar el poder efectivo de una causa y a darle estabilidad, se consideran, por tal miopismo, como inspirados en el propósito de consumar la ruina de esa causa. La fórmula expresiva de "lo que se ve y lo que no se ve", que empleaba Bastiat para combatir los sofismas económicos, puede bien adaptarse a la rectificación del sofisma de la intolerancia que se preconiza como elemento de conservación de los partidos. Todo en el universo se verifica por contrastes y equilibrio, porque hay en el movimiento de todo lo que obedece a la suprema ley de vida y de progreso esos mismos dos impulsos, centrífugo y centrípeto, al parecer contradictorios, en virtud de los cuales se cumple la armónica rotación de los planetas.

(*La Luz.*—Bogotá, 16 de mayo de 1882.)

COMPETENCIAS ECONOMICAS

La desaforada competencia económica es fruto del individualismo proclamado por la filosofía impropiamente apellidada liberal (impropiamente, por haber conducido a la universal miseria, como tantas otras cosas así calificadas por la superstición política). No es de consiguiente extraño que los socialistas se hayan, al fin, organizado en partido independiente del liberal, y aun del republicano, en todas partes. *Tempus edax rerum.*

(*El Porvenir.*—Cartagena, domingo 4 de mayo de 1890.)

COMPRENSION ARTISTICA

A veces las obras del ingenio artístico son tan grandes y extraordinarias, que las inteligencias de su tiempo no llegan a comprenderlas, y menos todavía a apreciarlas; así como el que por primera vez visita una gran metrópoli necesita tiempo para orientarse en el babilónico escenario. Pero, como al aproximarnos a un abismo, nos estremecemos aunque no divisamos lo que pueda haber en el fondo, esas obras extraordinarias, a pesar de no ser comprendidas a su aparición, sí pueden hacer experimentar sacudimientos instintivos.

(*La Nación.*—Bogotá, 17 de julio de 1888.)

COMPROMISOS POLITICOS

Un grande escritor inglés ha dicho esta verdad profunda: "La esencia de la política es el compromiso", esto es, las concesiones mutuas. Al escribir estas palabras definió también Macaulay el espíritu político que en Inglaterra domina, y al cual se debe seguramente su no interrumpida paz y asombroso progreso. Ese espíritu es del todo contrario a aquel que implica el sacrificio de lo fun-

damental a lo accesorio, de la sustancia a la forma, de la verdadera ciencia al artificio. Los ingleses detestan toda exageración, porque la consideran uno de los más peligrosos aspectos de la mentira, y huyen, consecuencialmente, de incurrir en extremos, y como todo dogmatismo es un extremo, no aceptan en política, y en cuanto con ésta se relaciona, verdades absolutas. Sus reformas han sido siempre lentas, excesivamente meditadas, muy discutidas en el Parlamento; y al hacerlas, se ha contemporizado de ordinario con las opiniones adversas por medio de transacciones oportunas. Es en Inglaterra donde por primera vez se ha practicado leal y legalmente el tutelar principio político de la representación de las minorías, porque allí acertadamente se cree que todos los partidos tienen razón de existir, puesto que en todos ellos hay doctrinas y tendencias bienhechoras, al lado de las doctrinas y tendencias erradas.

(*El Porvenir.*—Cartagena, 28 de enero de 1883.)

COMUNISMO

Tantos ejemplos de expropiaciones, autorizadas por los gobiernos, han tenido necesariamente que relajar las nociones de *lo tuyo* y de *lo mío*, y despertar apetitos de comunismo. La miseria, por una parte, y también el desenvolvimiento de la codicia, han hecho que vaya tristemente degenerando la elevada ambición de otras épocas. El país tiene todavía mucha salud moral; pero la levadura que más se muestra y más ruido hace, puede perderlo por entero, si no hay en aquél disposición enérgica a reaccionar en el sentido del bien.

Agréguese a lo dicho que todos los hombres desacreditados se entretienen constantemente en calumniar a los que no lo están, logrando hacerlos

sospechosos entre los que carecen de buen criterio, que son acaso los más. Las naturalezas insuficientes se impresionan en esa atmósfera de general desmoralización supuesta; y dejándose llevar por la corriente, así formada, vacilan y sucumben; y al cabo aumentan en realidad los elementos de descomposición que ya existían. Vienen las horas de prueba; y la falange antisocial de la precedente lucha, resulta que tiene ya a su orden muchos nuevos colaboradores.

La conservación de la paz a todo trance es, por tanto, la necesidad suprema y el sincero deseo de todo el país que vive de su trabajo legítimo.

Engañados están los que pueden imaginar que su propiedad será inviolable, en el desencadenamiento de la discordia armada. Los vínculos de partido se han vuelto ya muy débiles. Los grupos se componen y descomponen con rapidez pasmosa; y el que hoy se cree leal amigo, mañana aparece en las filas contrarias. Basta el más ligero pretexto para que se realicen tales cambios de frente. No sobreviven sino los intereses, que no reconocen lazos comunes de sentimiento de ninguna clase. Tal es lo que se observa en la superficie, a lo menos, porque no podemos dudar de que hay fuerzas perfectamente sanas en el fondo de nuestra sociedad. Ellas son las que piden justicia y conciliación en el gobierno, y las que, satisfechas de obtenerlas, se encuentran listas para inutilizar las combinaciones de los malos. Estos no trepidan en su propaganda disociadora. Las más descaradas mentiras se ponen en circulación. El espectro conservador hace, con frecuencia, el gasto. Se habla de distribución de armas, de cambio de jefes, de futuros ministerios en que habrán de preponderar los "enemigos jurados de las instituciones, de golpe de Estado" (¿?), y no faltan Brutos, de menor cuantía, dispues-

tos a clavar el puñal en el corazón de los traidores. Debajo de toda esta hojarasca de mala ley sabemos perfectamente lo que existe. Es el *fames* de los romanos, hoy nihilismo, cubierto unas veces de harapos, y otras de más engañosa vestidura. Peligro no hay verdadero, porque la seguridad de todos está, al presente, garantida con absoluta eficacia; pero hay que tratar de serio de colocar la corriente en su natural cauce, secundando los bien intencionados esfuerzos de los que, midiendo la pavorosa profundidad del abismo a que se nos conducía, alzaron, sobre tristezas y escombros, la bandera de la Regeneración, cuando apenas había tiempo para evitar el común y definitivo desastre.

(*La Luz.*—Bogotá, 10 de enero de 1882.)

CONCORDIA

Algunos de nuestros políticos incurren frecuentemente en el grave error de creer que el auditorio nacional no tiene discernimiento para apreciar las notas falsas y distinguirlas de las verdaderas; pero los hechos demuestran que ese discernimiento existe; y a la concordia, que tantos buenos intereses reclaman, no se llegará sino cuando, para su logro, se adopte sinceramente el recto camino. La hiel debe ser útil para algo; pero no es seguramente el elemento más adecuado para conciliar las voluntades divergentes.

(*La Luz.*—Bogotá, 3 de enero de 1882.)

CONDUCTA

A los hombres y a los partidos se les juzga por sus ideas y por sus actos, separando unas veces a éstos de aquéllas, y otras considerándolos estrechamente enlazados. No siempre la conducta y los

principios marchan en una misma vía; y así vemos que individuos sincera o aparentemente cristianos llegan aun a despeñarse por las pendientes del crimen, y por el contrario, que personas positivistas y descreídas amoldan su proceder privado a las más estrictas reglas de la ley moral. Tal parece que la recta concepción de la verdad no libra por completo del perjudicial influjo de las malas pasiones, ni que los extravíos de espíritu condujeran forzadamente a obedecer el reclamo de inclinaciones perversas. Pensadores de criterio irreprochable pagan tributo a todas las flaquezas humanas, mientras que otros, por el estilo de Renán, si bien no son capaces de hacer personalmente el menor daño, envenenan la sociedad, acaso involuntariamente, con falsas e insostenibles teorías. Sea de ello lo que fuere, individuos o agrupaciones que defienden errores, o adoptan malos procedimientos, o hacen a un tiempo mismo ambas cosas, son justamente tenidos como nocivos factores sociales, y es deber ineludible combatir sus tendencias e impedir que se abran paso en el campo de la opinión pública.

(Tomado de *La Reforma Política en Colombia*. Tomo VII. *Actualidad*.)

CONSERVADORES

No es fácil tampoco fuera de Colombia la exacta apreciación de nuestra manera de ser política; porque en verdad que los hombres que llamamos conservadores serían considerados liberales en cualquiera parte del mundo, pues ellos no pretenden privilegio de castas, de fortuna, ni otro alguno; ni que el poder público se constituya de otra manera que por voto del pueblo; ni que sea siquiera vitalicio; ni que la administración de justicia

no sea independiente; ni que deje de haber libertad de industria, ni de enseñanza, ni de cultos; ni que haya censura previa, ni cadalso político. Los radicales sí practicaron el privilegio de opinión, es decir, el predominio político exclusivo, pues todavía llaman traición el hecho de haberse abierto la avenida del poder público a otros numerosos colombianos de distinto matiz, cosa que sucede en todas las naciones del mundo, inclusive las que tienen monarca y aristocracia de sangre.

(*El Porvenir.*—Cartagena, domingo 8 de diciembre de 1889.)

CONSECUENCIAS DE LAS GUERRAS CIVILES

Nuestras largas discordias han sido fértiles en males. Ellas han perturbado profundamente el criterio y viciado hasta lo sumo nuestra educación. Las cosas se han invertido lastimosamente bajo su influencia. La persecución se ha llamado libertad, y el despojo, derecho. Los más elementales principios de la vida social han caído en desuetud, y todo lo que puede llamarse refinamiento ha quedado proscrito. Sucedió así que el antiguo Museo desapareció como una entidad inútil, y las banderas de Pizarro, y el manto de la esposa del Inca, y la cota de malla de Quesada, y tantas otras reliquias preciosas, quedaron dispersas y olvidadas como cenizas de una hoguera que disemina poco a poco el viento. El *Observatorio* quedó también en prolongado abandono, sirviendo de guarida a las aves nocturnas de toda especie. Las bellas artes en general corrieron idéntica suerte, pues sólo se pensó durante muchos años en cambiar unos gobiernos por otros de cualquier manera y a cualquier costo. La atmósfera general, contaminándola con su doble nauseabundo olor de pólvora y san-

gre, y en lugar de los Lafayette tuvimos a los Santerre, por una violenta inversión de las leyes de la dinámica social. Las rectas nociones, así como el gusto por lo bello y delicado, han ido degenerando; y hoy comenzamos de nuevo a deletrear las primeras palabras de aquello que todo el mundo civilizado se sabe de memoria hace ya algunos siglos.

(*La Luz*.—Bogotá, 24 de febrero de 1882.)

CONSTITUCIONES

En el curso de los 40 años escasos que llevamos de vida política desde 1832, el mantenimiento del orden público ha sido, pues, la excepción, y la guerra civil, la regla general.

Entretanto han regido diferentes Constituciones, a saber:

La Constitución de 1832, medianamente central;

La Constitución de 1843, rígidamente autoritaria;

La Constitución de 1853, casi federal;

La Constitución de 1858, completamente federal, y

La Constitución de 1863, que fue en el camino de la descentralización hasta reconocer como principio fundamental de la organización política la soberanía de las Secciones.

Todos los partidos creyeron sin duda, al emprender la reforma de lo que existía, que trabajaban eficazmente en el sentido del afianzamiento del orden; pero a juzgar por los resultados visibles, ese feliz *desideratum* no lo realizó sino la Constitución rigurosamente central de 1843.

Pero esa Constitución era demasiado opuesta al sentimiento político dominante en el país y a sus condiciones topográficas, para que pueda ser considerada como único elemento de paz en la época

relativamente larga de su vigencia. Pensamos, aún, que a ella debe en parte atribuírse lo que podríamos llamar la exuberancia de la reacción liberal iniciada el 7 de marzo de 1849.

Si prescindimos de instituciones escritas, para fijarnos en los efectos de la política administrativa ensayada por los gobernantes, encontramos que el carácter nacional dado con franqueza a esa política por algunos de éstos, ha coincidido perfectamente con el mantenimiento de la paz.

La administración conservadora del general Mosquera, de 1845 a 1849, cometió errores; pero se distinguió por la hidalguía con que trató al partido liberal, entonces vencido y postrado, y por las garantías prácticas que acordó al sufragio popular.

La administración conservadora del señor Mallarino fue más lejos aún, y con mayor buena fe, en este camino de generosidad y previsión.

En ambos períodos, como queda dicho, reinó completa paz del uno al otro extremo del país.

Las administraciones siguientes a las dos citadas no se caracterizaron como tolerantes; y en ambas ocurrieron sacudimientos más o menos generales, profundos y destructores.

(*La Luz.*—Bogotá, 3 de enero de 1882.)

CONSTITUCION DE 1886

La Constitución de 1886 no fue impuesta por nadie, ni impuesta a nadie. Ella salió de las entrañas de la nación como necesidad exigida por la salud común, y aun lo ocurrido posteriormente, a veces, está diciendo que apenas era tiempo de retroceder del vórtice. Con uno o dos años más de anarquía habría habido que apelar a la dictadura militar como *ultima ratio*, si la historia no deja de repetirse en casos análogos. En 1883 habría quizá bastado

modificaciones. En 1886 era indispensable variar por entero el molde, haciendo pedazos el antiguo, como cuando la figura de bronce de una primera fusión resulta incorrecta.

Y había que poner la nueva estructura al amparo de la fe religiosa, como ha puesto el poderoso Emperador de Alemania (protestante), la Reforma social al amparo de la Santa Sede.

Así se ha hecho con franqueza viril, y hasta ahora no tenemos por qué arrepentirnos en lo mínimo. Al contrario, todo está indicando que Colombia ha salido de su larga época de peregrinación a través del error, la desgracia y el crimen.

"El árbol se conoce por sus frutos." Y los aguardamos mejores todavía, Dios mediante.

Une immense espérance
a tranversé la terre
malgré nous vers le Ciel il faut
tourner les yeux.

(*El Porvenir.*—Cartagena, domingo 1º de junio de 1890.)

CONSTITUCION DE RIONEGRO

El partido liberal, triunfante en la revolución de 1860, impuso una Constitución dictada a la Convención de Rionegro "con el oro de Antioquia por delante y las bayonetas del dictador por detrás", según la expresión de algún personaje radical; y esa Constitución que en muchos puntos llegó hasta las más absurdas utopías, y que en otros desconoció abiertamente el sentimiento de la mayoría de los colombianos, resultó ser en extremo favorable al reinado de la anarquía. A pesar de esto, pudo ella haber funcionado pasablemente bien, si el intransigente espíritu de partido, en consorcio con la corrupción política, no la hubie-

ran convertido en código sangriento y factor de atropellos. El partido radical, adueñado del poder desde la caída del general Mosquera, agravó los males de la anarquía con el sectario furor antirreligioso que se apoderó de sus conductores; y el partido conservador, que, mal de su grado, se atemperaba a la organización política existente, rechazaba con indignación las intrusiones en el campo de la conciencia, declarado libre y neutral por una irrisoria garantía constitucional. El permanente estado de guerra cimentó, por decirlo así, la inseguridad; la persecución religiosa llevó la angustia a todas las almas, y el desorden administrativo abrió el camino a la definitiva catástrofe. En tales circunstancias, el curso de los acontecimientos dividió profundamente y para siempre al antiguo partido liberal, anhelando unos por salvadoras reformas y empecinándose los otros en consolidar, con el auxilio de la fuerza pública, una franca y descarada oligarquía. La culpa no era del genuino liberalismo —que, prescindiendo de detalles, era en el fondo aceptado por el partido consevador—, sino del gran trastorno moral producido por malas instituciones y agravado por la falta de honradez en los gobernantes. Vagos clamores de regeneración se habían oído de vez en cuando; pero tocó en suerte al señor Núñez señalar netamente los peligros que corrían el país y la dominación liberal. Bien que él no deseara en un principio hacer *tabla rasa* de hombres y doctrinas, la obcecación radical imposibilitó todo avenimiento entre el patriotismo y la soberbia olímpica. El radicalismo debía tener como enseña dirigir sus armas, siempre y por siempre, del lado en que aparecía el conservatismo, según se dijo alguna vez; y el ataque sistemático con que se perseguía a los vencidos conservadores se aplicó luego, con decisión y sin remor-

dimientos, a los liberales independientes, que en el fondo sólo deseaban pacificar a sus tradicionales adversarios y conservar en la suprema dirección de los asuntos públicos al liberalismo honrado. Las discusiones a que ha dado lugar la pasmosa actitud agresiva del nuevo pontificado radical, ha hecho recordar vergonzosos escándalos, que no hay para qué narrar aquí de nuevo, y que están afortunadamente frescos en la memoria de todos. Baste decir, como resumen, que la implacable terquedad radical hizo cobrar fuerzas a la opinión nacional, que desalojó de sus formidables fortalezas a los agentes de la anarquía, a los servidores de la violencia. Y si no fue la opinión, tuvo que ser indudablemente la ineptitud y ceguera de los caudillos que tuvieron audacia suficiente para intentar avasallarla; de donde resulta que, o por falta de prestigio moral, o por incapacidad de sus conductores, el radicalismo mereció su ruidosa caída.

(Tomado de *La Reforma Política en Colombia*. Tomo VII. *Lección Política*.)

CONTROL

Nosotros no tenemos el derecho de incomodarnos. Un hombre incómodo ofrece el más ridículo espectáculo en estos tiempos de positivismo y razón. Las mayores desgracias que han sufrido en su marcha política todos los pueblos modernos de raza latina se deben, en nuestro concepto, a su deficiencia de energía moral para dominar sus impresiones del momento. El sistema del *self-government* es como la raíz cúbica, si así podemos expresarnos, del *self-control*. Cierto casuísta se expresaba así: "Mi voto de paciencia me ha valido largo poder." Los humildes anacoretas de la Tebaida destronaron por completo al Olimpo pagano, y hoy todo

el mundo se ríe en los teatros bufos de París de los rayos de Júpiter y del tridente de Neptuno, convertido en cómico tenedor.

(*La Luz.*—Bogotá, 22 de noviembre de 1884.)

CREDITOS PARA OBRAS PUBLICAS

¿Pero dónde están los millones que tan costosa obra requiere como condición indispensable?

¡Ah!, ya entramos en uno de los segmentos del círculo vicioso que nos asfixia, a la manera de un dogal o de una bocanada de gas mefítico. Los millones necesarios no se exigen en el momento, ni todos a la vez, ni jamás se encontrarán juntos en las arcas oficiales. La teoría de los sobrantes se parece a aquel burlesco letrero de algunas tiendas: "Hoy no se fía, mañana sí." Cuando uno siente latir en su seno las fibras del amor a la patria, no puede mansamente someterse al egoísta pesimismo que se propone condenarnos a la esterilidad y la impotencia, a trueque de evitarse labor y desagrados.

Todos los pueblos han pasado por el penoso trance en que al presente nos encontramos nosotros. Regístrese la historia de las colonias modernas, y se verá cómo esas agrupaciones incipientes han resuelto el problema de la construcción de vías indispensables a su desenvolvimiento interior. Ninguna de esas colonias ha tenido, ni podía tener, sobrantes en sus cajas públicas. Todos han apelado al recurso del crédito, es decir, a girar sobre su prosperidad futura, que los mismos ferrocarriles debían promover y acelerar.

(*El Porvenir.*—Cartagena, 31 de diciembre de 1882.)

CONTROVERSIA POLITICA

La controversia política es tan necesaria para el progreso de la ciencia de los gobiernos y de la ciencia de la legislación, que cuando desaparece uno de los grandes partidos, por cualquiera causa extraordinaria, el sobreviviente se divide, y sus fracciones o ramas luchan con igual o mayor calor del que acostumbraban emplear al hacer cara al extinguido adversario común.

Si la controversia se suspende por circunstancias especiales transitorias, todo el nivel de las cosas políticas desciende a tan bajas regiones, que la profesión de político no es ya buscada sino por gentes que en esa profesión no ven otro objeto que el lucro material en más o menos grande escala. Las peores pasiones se desenvuelven entonces, del mismo modo que germinan asquerosas sabandijas en las aguas estancadas. La fecunda emulación se torna en envidia; la ambición elevada, en codicia; el noble valor, en desvergüenza. La intriga decente, de altos alcances, que podríamos llamar diplomacia interna, se convierte en vil juego de mentiras y chismes; la imprenta se abate hasta el lodazal de Pasquino; y, en vez de estocadas en pleno sol, el cobarde puñal del anónimo es empleado con su natural alevosía.

(*La Luz*.—Bogotá, 2 de junio de 1882.)

COPARTIDARIOS

La batalla con el adversario de siempre, por recio que sea, es poca cosa al lado de la que tenemos que sostener con los habituales compañeros de causa. El peligro mayor de las grandes evoluciones, en momentos críticos, es ese precisamente: la presión del copartidario que no sabe elevarse a las

alturas ideales, y quiere que se sacrifique lo enorme a lo pequeño, lo transitorio y fugaz a lo duradero, al oropel y a la superficie el fondo.

(*Nuevos Tiempos.*—3 de julio de 1892.)

CREDO POLITICO

La reorganización de un partido tiene que comenzar por la unificación de su credo y por la práctica ingenua y común de los principios que en ese credo se contienen; porque el simple interés de la dominación material es un interés corruptor que tarde o temprano anarquiza y disuelve. La razón es clara. La simple dominación es, en sustancia, un negocio industrial, como cualquier otro; y desde que no ofrece ventajas tangibles a todos los copartidarios, los excluídos del goce de la explotación levantan bandera de disidencia. Sólo el atractivo de las ideas puede reunir a los hombres, cuando, por la naturaleza misma de las cosas, se debilita o desaparece el imán de los beneficios materiales.

Otro agente de concordia en las filas de un partido, aunque menos duradero, es el temor a un común peligro. Reducir a impotencia al adversario político es, pues, suprimir un elemento de conservación, que es el único que puede reemplazar, en cierto modo, la carencia o relajación del vínculo moral.

Estas no son paradojas, sino realidades que hemos tocado, con frecuencia, en el curso de nuestra agitada historia política contemporánea.

(*La Luz.*—Bogotá, 3 de enero de 1882.)

CRISIS MORAL

En el fondo de todo lo que pasa hay, evidentemente, un fenómeno moral. Pensamos, en efecto, que la exaltación inconsiderada del individualis-

mo ha sido fuente principal de la descomposición de las colectividades llamadas partidos. El individualismo degenera pronto en egoísmo, y éste se aviene poco con los sacrificios que con frecuencia exige el espíritu de corporación. Las ideas dejan así de ser lazos y fuerza, y la política se vuelve rápidamente mercado grosero. El instinto de conservación y el sentimiento de justicia —que no perecen del todo— reaccionan luego, de tiempo en tiempo, en el seno mismo de las comunidades dominantes que se hallan en camino descendente, y de ahí surgen los programas de regeneración que sirven de arca a todos los que no han tocado los últimos peldaños de la degradación general, fruto de la competencia de apetitos, que la ausencia de fe en lo grande ocasiona.

(La Nación.—Bogotá, 29 de julio de 1887.)

CRISTIANISMO Y SU INFLUENCIA

En los campos mismos de batalla se advierte el progreso moral. Cambises, dice un historiador, mandó azotar el cadáver de su enemigo; le hizo arrancar la barba y los cabellos, y que le punzasen por todas partes, aun cuando ya no sentía semejantes ultrajes. El mismo historiador hace un parangón entre los héroes de Homero y los caballeros de la Edad Media. Héctor y Aquiles no prestaban juramento de no combatir muchos contra uno. Tampoco juraban huír de fraudes y supercherías, ni guardar inviolablemente la fe a todo el mundo. No prometían siquiera ser corteses. Hay sentimientos en estas promesas que los héroes de Homero no hubieran comprendido. Lo que domina en ellos es el valor físico; luchaban contra la naturaleza —lucha material que sólo exige fuerza—. No hay principio moral en su valor. Ayax huye delante de

Héctor; Héctor huye delante de Aquiles. Carecen del sentimiento del honor. La humanidad y la lealtad les son igualmente desconocidas.

En una canción caballeresca se atribuyen a Rolando estas palabras:

"Más vale morir que cubrirse de vergüenza."

En el siglo XVIII Voltaire escribió esto:

"En nuestros días un oficial que al tomar una plaza la entrara a saco, quedaría tan deshonrado como lo hubiera quedado en el siglo pasado negándose a servir de padrino en un desafío."

Lord Chesterfield escribía a su hijo, en 1757:

"La guerra se hace con pusilanimidad en esta edad degenerada. Se da cuartel, se toman las ciudades y se perdona a los habitantes, aun en el asalto: sólo las mujeres pueden temer algún rapto. Al paso que en los buenos tiempos antiguos era tal la humanidad, que se daba muerte a sangre fría a los prisioneros por millares, y el generoso vencedor no perdonaba ni a las mujeres ni a los niños."

Hoy hemos llegado al arbitramento internacional y a la Cruz Roja, es decir, a la inviolabilidad de los hospitales militares. Entre las épocas en que la espada decidía legalmente de los pleitos particulares de carácter civil, y la presente, hay, pues, inconmensurable distancia. La tortura no es ya medio de investigación judicial. Se prohibe aun el apremio moral del juramento. El castigo no es venganza, sino reparación y enmienda. Se propaga esta máxima: "horror al delito, compasión al delincuente". El verdugo comienza a desaparecer del escenario de la justicia, y donde existe todavía, evita con frecuencia, en el ejercicio de su ministerio, la claridad del sol. Todo el sistema penal se ha suavizado, y entre la atmósfera que respiraba Cambises y la que nosotros respiramos, hay la misma

diferencia que entre un pecado capital y una virtud.

El espíritu asceta limita mucho los horizontes de la moral, reduciéndolos a determinado orden de actos. Monstruosas injusticias son consideradas, a la luz de ese espíritu estrecho, como faltas veniales; entretanto que algunas que son realmente esto último, se reputan monstruosas. La esclavitud, por ejemplo, se conservará intacta durante algunos siglos, no obstante ser tan contraria a la esencia del Cristianismo. No se arrojaban los esclavos, después de la nueva era, a las murenás (peces voraces muy estimados como alimento), de los estanques de Roma, para engordarlas; ni las damas se bañaban en presencia de los esclavos, por no creerlos hombres; pero la institución existía y se propagaba por medio de la trata. Es en Cuba —pupila de la nación cristianísima por excelencia— donde más se ha resistido a la benéfica corriente. El mosaísmo fue más humanitario en esa parte. Los amos no tenían derecho de vida o muerte, y el esclavo mutilado quedaba libre. Sobre las mujeres esclavas, el Deuteronomio es modelo de delicadeza.

El Cristianismo se hizo al cabo sentir, al través de intereses y preocupaciones, y hoy la esclavitud puede considerarse enteramente borrada del catálogo de las instituciones legítimas.

Se ha avanzado, pues, moralmente.

Las apariencias del mal son, a veces, como la áspera y espinosa corteza que oculta el delicado y vital mecanismo de la providencial savia. Los primeros fenómenos alarman; pero si se tiene confianza y se espera, se ve el gusano convertirse en mariposa, el inmundo *fiemo* en perfumado jardín, y el carbón en diamante. Un antiguo colombiano de mucho talento ha llamado *época feudal* de las repúblicas hispanoamericanas, a este tormentoso

período de guerras civiles de que aún no todas ellas han quedado libres. Sería grave error filosófico el imaginar que esas guerras han sido, en absoluto, bárbaras.

De la guerra europea de treinta años —como ya lo hemos dicho— salió la paz de Westfalia. ¿Qué significa esa paz? El triunfo final de la tolerancia religiosa. No pudiéndose exterminar ninguno de los dos bandos, convinieron tácitamente en el recíproco respeto de sus dominios.

La época feudal europea fue de anarquía sangrienta, y por esto se le ha encontrado similitud con los actuales tiempos de Hispanoamérica, que comienzan a ser serenos para algunas de sus secciones.

(*El Porvenir.*—Cartagena, 27 de enero de 1884.)

CRITERIO FRIO

La época del criterio frío ha llegado, en fin, para este país, fatigado de quimeras, mentiras y contradicciones, y todos buscan el grano que se oculta o puede ocultarse en los montones de paja. A aquella conocida y alarmante frase clásica: ¡Los Galos están a las puertas de Roma!, todos contestan, dirigiendo escrutador anteojo hacia el lugar donde el enemigo se concentra, después de haberse detenido un poco a analizar la modulación del que pronuncia la tremenda palabra. En nuestro país no hay otros tiranos que la codicia de la demagogia que, a fuerza de descompasado gritar y de juramentos grotescos, se imagina que puede causar espanto y dominar por el terror a los hombres que por ella no tienen sino desprecio o lástima.

(*La Luz.*—Bogotá, 22 de noviembre de 1884.)

CHUSMA CAPITALINA

Es de Bogotá de donde parten todas las intrigas y en donde los más odiosos espectáculos de violencia se han ofrecido y se ofrecen. Lo cierto es que no puede haber allí Congresos sin una fuerte guardia militar que los proteja de los insultos y hasta de las armas de la muchedumbre que ocupa la barra ordinariamente.

(*El Porvenir.*—Cartagena, 21 de enero de 1883.)